



## CAPÍTULO XXVI.

Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas.

CALLARON todos, tirios y troyanos: quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas, cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas, y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho y dijo:

—Esta verdadera historia que aquí á vuestras mercedes se representa, es sacada al pie de la letra de las crónicas francesas, y de los romances españoles que andan en boca de las gentes, y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor Don Gaiferos á su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España en poder de moros en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza: y vean vuestras mercedes allí como está jugando á las tablas Don Gaiferos, según aquello que se canta:

Jugando está á las tablas Don Gaiferos,  
que ya de Melisendra está olvidado.

Y aquel personaje que allí asoma con corona en la cabeza y cetro en las manos es el emperador Carlomagno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual, mohino de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale á reñir, y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorrones, y aun hay autores que dicen que se los dió, y muy bien dados; y después de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corría su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo:

Harto os he dicho, miradlo,

Miren vuestras mercedes también cómo el Emperador vuelve las espaldas, y deja despechado á Don Gaiferos, el cual ya ven como arroja impaciente de la cólera lejos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y á Don Roldán su primo pide prestada su espada Durindana, y como Don Roldán no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar; antes dice que él solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviere metida en el más hondo centro de la tierra, y con esto se entra á armar para ponerse luego en camino.

Vuelvan vuestras mercedes los ojos á aquella torre que allí parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería, y aquella dama que en aquel balcón parece vestida á lo moro, es sin la par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponía á mirar el camino de Francia, y puesta la imaginación en París y en su esposo se consolaba en su cautiverio.

Miren también un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamás. ¿No ven aquel moro que callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren cómo la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se

da á escupir y á limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y cómo se lamenta, y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio.

Miren también cómo aquel grave moro que está en aquellos alrededores es el rey Marsilio de Sansueña, el cual por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender, y que le den doscientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad, con chilladores delante y envaramiento detrás; y veis aquí donde salen á ejecutar la sentencia, aun bien apenas no habiendo sido puesta en ejecución la culpa, porque entre moros no hay traslado á la parte, ni á prueba y estése como entre nosotros.

—Niño, niño, dijo con voz alta á esta sazón Don Quijote, seguid vuestra historia línea recta, y no os metáis en las curvas ó transversales que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y reprobaciones. También dijo maese Pedro desde dentro:

—Muchacho, no te metas en dibujos sino haz lo que ese señor te manda, que será lo más acertado: sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles.

—Yo lo haré así, respondió el muchacho, y prosiguió diciendo:

Esta figura que aquí parece á caballo, cubierta con una capa gascona, es la mesma de Don Gaiferos, á quien su esposa esperaba, y ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y más sosegado semblante se ha puesto á los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo que es algún pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance que dice:

Caballero, si á Francia ides,  
por Gaiferos preguntad.

Las cuales no digo yo ahora, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio: basta ver cómo Don Gaiferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace se nos da á entender que ella le ha conocido, y más ahora que vemos se descuelga del balcón para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo.

Mas ¡ay sin ventura! que se le ha asido una punta del faldellín de uno de los hierros del balcón, y está pendiente en el aire sin poder llegar al suelo. Pero veis cómo el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega Don Gaiferos, y sin mirar si se rasgará ó no el rico faldellín, ase de ella, y mal de su grado la hace bajar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo á horcajadas como hombre, y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho porque no se caiga, á causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada á semejantes caballerías.

Veis también cómo los relinches del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su

señora. Veis cómo vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de París la vía.

Vais en paz, oh par sin par de verdaderos amantes; lleguéis á salvamento á vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje; los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los días (que los de Néstor sean) que os quedan de la vida. Aquí alzó otra vez la voz maese Pedro, y dijo:

—Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala. No respondió nada el intérprete, antes prosiguió diciendo:

—No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el qual mandó luego tocar alar ma; y miren con qué priesa, que ya la ciudad se hunde con el són de las campanas, que en todas las torres de las mezquitas suenan.

—Eso no, dijo á esta sazón Don Quijote; en esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales, y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías; y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate. Lo cual oído por maese Pedro, cesó el tocar y dijo:

—No mire vuesa merced en niñerías, señor Don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. ¿No se presentan



Ayer fui señor de España,  
y hoy no tengo ni una almena  
que pueda decir que es mía.

por ahí casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren felicísimamente su carrera, y se escuchan, no sólo con aplauso, sino con admiración y todo? Prosigue muchacho, y deja decir, que como llene mi talego, siquiera represente más impropiedades que tiene átomos el sol.

—Así es la verdad, replicó Don Quijote; y el muchacho dijo:

—Miren cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes; cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan, y cuántos atabales y tambores que retumban: téngome que los han de alcanzar, y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo, que sería un horrendo espectáculo.

Viendo y oyendo, pues, tanta morisma y tanto estruendo Don Quijote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huían, y levantándose en pie, en voz alta, dijo:

—No consentiré yo que en mis días y en mi presencia se le haga superchería á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como Don Gaiferos: deteneos mal nacida canalla, no le sigáis, ni persigáis, si no, conmigo sois en la batalla, y diciendo y haciendo desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando á unos, descabezando á otros, estropeando á éste, destrozando á aquél, y entre otros muchos tiró un altibajo tal, que si maese Pedro no se abaja, se encoje y agazapa, le cercenara la cabeza con más facilidad que si fuera hecha de masa de mazapán. Daba voces maese Pedro, diciendo:

—Deténgase vuesa merced, señor Don Quijote, y advierte que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta: mire, ¡pecador de mí! que me destruye y echa á

perder toda mi hacienda. Mas no por esto dejaba de menudear Don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos.

Finalmente, en menos de dos credos dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras, el rey Marsilio mal herido, y el emperador Carlomagno partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la venta, temió el primo, acobardóse el paje, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo; porque, como él juró después de pasada la borrasca, jamás había visto á su señor con tan desatinada cólera. Hecho, pues, el general destrozo del retablo, sosegóse un poco Don Quijote y dijo:

—Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuanto provecho sean en el mundo los caballeros andantes: miren, si no me hallara yo aquí presente, qué fuera del buen Don Gaiferos y de la hermosa Melisendra; á buen seguro que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algún desaguisado. En resolución, viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra.

—Viva enhorabuena, dijo á esta sazón con voz enfermiza maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado que puedo decir con el rey Don Rodrigo.

No há media hora ni aun mediano momento que me vi señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y sobre todo sin mi mono, que á fe que primero que le vuelva á mi poder me han de sudar los dientes, y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos y endereza tuerfos, y hace otras obras caritativas, y en mí solo ha venido á faltar su intención generosa, que sean benditos y alabados los cielos allá donde tienen más levantados los asientos.

En fin, el caballero de la Triste Figura había de ser aquel que había de desfigurar las mías. Enterneciése Sancho Panza con las razones de maese Pedro, y díjole:

—No llores, maese Pedro, ni te laments, que me quiebras el corazón; porque te hago saber que es mi señor Don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algún agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajitas.

—Con que pague el señor Don Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho quedaria contento; y su merced aseguraria su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye.

—Así es, dijo Don Quijote, pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro maese Pedro.



—¿Cómo no? respondió maese Pedro; y estas reliquias que están por este duro y estéril suelo, ¿quién las esparció y aniquiló, sino la fuerza invencible dese poderoso brazo? ¿Y cuyos eran sus cuerpos, sino míos? ¿Y con quién me sustentaba yo sino con ellos?

—Ahora acabo de creer, dijo á este punto Don Quijote, lo que otras muchas veces he creído, que estos encantadores que me persiguen, no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren.



Témome que los han de alcanzar, y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo.



Real y verdaderamente os digo, señores que me oís, que á mi me pareció todo lo que ahí ha pasado, que pasaba al pie de la letra, que Melisendra era Melisendra, Don Gaiferos Don Gaiferos, Marsilio Marsilio, y Carlomagno Carlomagno: por eso me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesión de caballero andante quise dar ayuda y favor á los que huían y con este buen propósito hice lo que habéis visto: si me ha salido al revés, no es culpa mía, sino de los malos que me persiguen; y con todo esto deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: vea maese Pedro por las figuras deshechas, que yo me ofrezco á pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana. Inclínosele maese Pedro, diciéndole:

—No esperaba yo menos de la inaudita cristiandad del valeroso Don Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagabundos; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores entre vuesa merced y mí de lo que valen ó podían valer las ya deshechas figuras. El ventero y Sancho dijeron que así lo harían, y luego maese Pedro alzó del suelo con la cabeza menos al rey Marsilio de Zaragoza y dijo:

—Ya se vé cuán imposible es volver á este rey á su sér primero, y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento cuatro reales y medio.

—Adelante, dijo Don Quijote.

—Pues por esta abertura da arriba á abajo, prosiguió maese

Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlomagno, no sería mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo.

—No es poco, dijo Sancho.

—Ni mucho, replicó el ventero, médiase la partida, y señálen-se cinco reales.

—Dénselo todos cinco y cuartillo, dijo Don Quijote, que no está en un cuartillo más á menos la monta desta notable desgracia; y acabe presto maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre.

—Por esta figura, dijo maese Pedro, que está sin narices y un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedís.

—Aun ahí sería el diablo, dijo Don Quijote, si ya no estuviese Melisendra con su esposo por lo menos en la raya de Francia; porque el caballo en que iban á mí me pareció que antes volaba que corría, y así no hay para qué venderme á mí el gato por liebre, presentándome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene á mano, ahora holgándose en Francia con su esposo á pierna tendida: ayude Dios con lo suyo á cada uno, señor maese Pedro, y caminemos todos con pie llano y con intención sana, y prosiga.

Maese Pedro, que vió que Don Quijote izquierdaba, y que volvía á su primer tema, no quiso que se le escapase, y así dijo:

—Esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que le servían, y así con sesenta maravedís que me den por ella, quedaré contento y bien pagado.

Desta manera fué poniendo precio á otras muchas destrozadas figuras, que después lo moderaron los dos jueces árbítrios con satisfacción de las partes, que llegaron á cuarenta reales y tres cuartillos, y además desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono.

—Dáselos, Sancho, dijo Don Quijote, no para tomar el mono, sino la mona, y doscientos diera yo en albricias á quien me dijera con certidumbre que la señora Doña Melisendra y el señor Don Gaiferos estaban ya en Francia y entre los suyos.

—Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono, dijo maese Pedro; pero no habrá diablo que ahora lo tome, aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche; y amanecerá Dios y verémos. En resolución, la borrasca del retablo se acabó y todos cenaron en paz y buena compañía á costa de Don Quijote, que era liberal en todo extremo.

Antes de que amaneciese se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas; y ya después de amanecido se vinieron á despedir de Don Quijote el primo y el paje, el uno para volverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del cual le dió Don Quijote una docena de reales.

Maese Pedro no quiso volver á entrar en más dimes y diretes con Don Quijote, á quien él conocía muy bien, y así madrugó antes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y su mono, se fué también á buscar sus aventuras. El ventero, que no conocía á Don Quijote, tan admirado le tenían sus locuras como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagó muy bien por orden de su señor; y despidiéndose dél casi á las ocho del día, dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir, que así conviene para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaración desta famosa historia.

